

CUANDO EL PENSAMIENTO ES UN *WORK IN PROGRESS*

WATSON, Walter, *La arquitectónica del significado. Fundamentos del nuevo pluralismo*. Ed. y pról. de Javier García Rodríguez, trad. de J. García Rodríguez y M.ª J. Morán de Diego, Córdoba, Berenice, 2008, 284 pp.

En el debate actual sobre las dimensiones del intercambio y el conflicto cultural, es cada día más frecuente encontrar planteamientos favorables a las particularidades de la diferencia y la interculturalidad. Como no puede ser de otra manera en el nuevo contexto globalizado, el interés por los fenómenos de mestizaje e hibridación cultural crece tanto entre partidarios de la teoría surgida en el escenario posdisciplinar como entre quienes se encuentran más próximos de un relativismo crítico edulcorado, más blando, en consonancia con ciertas actitudes posmodernas. Así, conceptos como multiculturalidad, apertura de paradigmas, pluralismo, elasticidad o flexibilidad teóricas van recubriéndose de una especie de aureola de gloria que otorga prestigio a la vez que, al mismo tiempo, conllevan imprecisiones terminológicas, semánticas e ideológicas. Este proyecto crítico se desarrolla a través de una deliberada confluencia epistemológica y de métodos interpretativos que apuestan por el bricolaje, la apertura, la movilidad y la coparticipación de enfoques, es decir, por sumar y no restar, desde la conciencia de que el conocimiento avanza de forma eficaz únicamente en un escenario caracterizado por la diversidad y que el itinerario que traza el excluyente monopolio del saber es, a medio o largo plazo, el itinerario de la cerrazón ideológica.

En este sentido, Walter Watson –un pensador norteamericano probablemente no demasiado conocido en el contexto intelectual europeo– se presenta como un referente fundamental en la filosofía de estas últimas décadas al haber hecho del pluralismo un motivo central en la construcción de un nuevo paradigma interdisciplinar y comparatista de conocimiento e interpretación capaz de atravesar sistemas filosóficos, modelos científicos, tradiciones y culturas disímiles. Formado en la Universidad de Chicago, discípulo de Richard McKeon, neoaristotélico de segunda generación junto a otros nombres quizás más conocidos entre nosotros como Wayne C. Booth, Norman Friedman o Murray Krieger, Walter Watson es autor de *La arquitectónica del significado. Fundamentos del nuevo pluralismo*, una obra que –publicada por primera vez en 1985– se traduce ahora a nuestra lengua en una edición muy bien preparada y anotada por Javier García Rodríguez, quien ya había demostrado un conocimiento profundo del contexto en el que surge en *La Escuela de Chicago: Historia y poética* (1998).

Sobre un escenario condicionado más por las interpretaciones que por los hechos, deliberadamente textual, a la luz de la premisa de que la verdad puede ser formulada de diferentes maneras, Walter Watson reivindica la existencia del pluralismo como el “descubrimiento filosófico” más significativo del siglo XX, un pluralismo que puede desarrollarse como un paradigma general y universal de conocimiento y que, por esa misma razón, «implica la posibilidad de un pluralismo similar en el ámbito de las artes y de las ciencias particulares» (p. 18). En todo caso, parece conveniente entender ese pluralismo no como una invitación a la relajación o una puerta de entrada al relativismo sino como una oportunidad para construir un complejo escenario desde la diversidad y la diferencia, caracterizado por la confrontación y la tensión permanentes. En estas últimas décadas, algunos críticos han destacado las contradicciones a que ha dado lugar este tipo de situaciones. Hal Foster (1995), por ejemplo, ha denunciado el pluralismo que asola el arte y la crítica artística posmodernas, ese pluralismo que tiende a convertir el mar tempestuoso de las prácticas culturales en una acrílica balsa de aceite donde todo vale, que impide un reconocimiento de las diferencias (ideológicas, sexuales, sociales, económicas, políticas, etc.) y se presenta como un enemigo de esa corriente de resistencia que trata de cuestionar críticamente los códigos culturales hegemónicos en la posmodernidad; según Foster, la condena del pluralismo pasa por la superación de un obstáculo que la modernidad y la posmodernidad, hasta ahora, no han

podido salvar, «el callejón sin salida del dogmatismo» (Foster, 1995: 94), y es precisamente el dogmatismo uno de los obstáculos que Watson en todo momento trata de superar en su ensayo. Por otra parte, el planteamiento que defiende la idea de que la Historia no existe como *hechos* sino como *interpretaciones* (que Watson hace suyo al centrarse en los textos como generadores de significado y que es deudor de Nietzsche, un pensador reivindicado por cierta posmodernidad) ha permitido el desarrollo de juegos de lenguaje en muchos ámbitos de la cultura posmoderna así como la propuesta de una idea semejante: si la Historia no existe sino como textos, la verdad será ya una cuestión de naturaleza retórica que se encuentra ahora presa en la artificiosidad de las palabras entrelazadas, en la fascinación y la seducción que generan los discursos y las obras de arte; un argumento en todo caso peligroso que podría hacernos olvidar el trasfondo ideológico de la verdad y que, llevado hasta sus últimas consecuencias, podría desautorizar y deslegitimar –por ejemplo– la verdad objetiva de las víctimas de la Historia (maltratados, excluidos, perseguidos, deportados, asesinados, etc.) y transformar esa verdad en un relato más –más o menos real, más o menos ficticio–, vaciado de razón y de sentido, impronunciable; se trataría, pues, de intentar, como quería Marx, que la Historia sea algo menos determinista e irracional y, en ese sentido, como ya nos enseñara Walter Benjamin, convendría tener en cuenta –junto al carácter retórico de los textos históricos– el carácter ideológico de la Historia.

En la medida en que, como señala Watson, el pluralismo «tiene la significación negativa de la muerte y la destrucción del sujeto y de su verdad [...]», actúa en contra de los hábitos de pensamiento más profundamente arraigados en el individuo y en la humanidad» (p. 19), algunas propuestas surgidas en el escenario epistémico de la posmodernidad pueden contribuir al desarrollo de ese pluralismo como paradigma hermenéutico. *Reconocimiento, comunicación, intersubjetividad* son términos nucleares en el pensamiento social contemporáneo, y ha sido precisamente un sociólogo, Alain Touraine (1998), quien ha reconocido las dificultades de pensar el mundo actual desde una perspectiva social; ahora bien, que esas dificultades sean inherentes al desafío no convierten a este en algo imposible. Dada la importancia de categorías como la *alteridad*, la *diferencia*, la *otredad*, Touraine señala que la superación de la crisis que afecta al pensamiento contemporáneo pasa por la reconstrucción de nuestras relaciones con lo(s) otro(s), una idea que también se encuentra en el programa teórico planteado por Walter Watson. Reivindicación de una singularidad diferente en el escenario dialéctico de las relaciones intersubjetivas, donde el sujeto ya no se presenta como una categoría compacta y cerrada sino como un edificio abierto, un lugar en construcción, un elemento que adquiere su sentido en el diálogo que entabla con su semejante. La razón centrada en el sujeto ha cedido su lugar de privilegio a la *razón comunicativa*, una razón, según Habermas (1991), que aporta significado a unas prácticas discursivas basadas en la argumentación, el diálogo y el consenso; así, la teoría de la acción comunicativa habermasiana, entendida como una pragmática universal desarrollada en la esfera pública, podría ser un buen punto de apoyo para esta *arquitectónica* watsoniana siempre y cuando el nuevo paradigma resultante se enfrentase al análisis de la realidad cultural, política y social sin complejos, prejuicios y restricciones de ningún tipo. De alguna manera, las propuestas de Habermas implican la posibilidad de establecer otras lecturas alternativas, la constatación de que el futuro no es algo irremediable sino un texto que está aún por escribir y el desplazamiento del centro de interés desde el yo al nosotros, desde el sujeto al campo social. Aceptar que el fundamento de la razón se encuentra fuera del sujeto e incluso fuera de ella misma supone abandonar la idea de *la razón* para hablar de *las razones*, requiere ser conscientes, en suma, de la diversidad del mundo en que vivimos, de que esas razones, interpretaciones, morales y saberes responden a planteamientos nada ingenuos, neutrales y desinteresados. La crítica de la razón –y esta es una labor que Watson lleva a cabo en su ensayo– pasa por la crítica de su propio estatuto axiológico.

El planteamiento defendido por Watson debe pues valorarse a la luz de otras propuestas epistemológicas surgidas en estas últimas décadas: el antifundacionalismo, la deconstrucción y una cierta hermenéutica posmoderna basada en las diferencias de enfoque, marco teórico, estilo o paradigma. Dado que hay una posmodernidad que implica un pensamiento de la diferencia,

lo múltiple y lo plural (que no de lo relativo), esa asociación tan extendida de posmodernidad y relativismo resulta en muchas ocasiones, además de una simplificación, una falacia. De hecho, y a pesar de la diversidad y complejidad de discursos teóricos y formas artísticas que pueblan nuestro presente, es urgente realizar un esfuerzo para superar la fascinación inicial que puede experimentarse ante esa riqueza de prácticas culturales y elaborar, a partir de esa diversidad, una teoría posmoderna de la identidad colectiva que refleje los latidos de pluralidad y resistencia cultural que se dejan oír –algunos de ellos con dificultad– en cualquier sociedad. En este sentido, conceptos como *disensión*, *diferencia*, *descentramiento* y *deconstrucción* se han hecho habituales en el arte y el pensamiento de nuestro tiempo, y el último Lyotard –que sigue en esto la estela marcada por Adorno– aboga por la refundación de una razón capaz de oponerse al dogmatismo presente (uno de los rostros del totalitarismo), es decir, por la reactivación de un «racionalismo crítico» (Lyotard, 1995: 86).

En mi opinión, la propuesta de Watson –en lo que tiene de coparticipación de diferentes disciplinas y enfoques teóricos– también puede compartir algún lugar de encuentro con ciertas miradas de los estudios culturales, desde donde se trabaja con la convicción de que –a la luz de las diferentes circunstancias– no puede haber una única agenda o un lugar privilegiado para la interpretación de la realidad. Si el conocimiento desea seguir avanzando, no podrá dejar de mantener una actitud crítica consigo mismo a la vez que tendrá que haber una conciencia más informada de los movimientos internacionales de población, los problemas transculturales, los fenómenos migratorios y las hibridaciones; los modelos característicos de dominación y subordinación deberán ser más complejos y no podrán excluir formas culturales cada día más visibles, como por ejemplo las culturas de los suburbios o de las minorías. Vivimos hoy una situación extraña: los estudios culturales se han convertido en un cuerpo de producción teórica que ha alcanzado un notable desarrollo, caracterizado por una rica diversidad de enfoques e intereses pero también sometido a un cierto grado de exclusión y marginalidad promovido desde la academia.

Siendo el mundo a la vez uno y plural, la propuesta watsoniana –valiente y temeraria, de ascendencia declaradamente aristotélica– consiste en abordar la complejidad de ese mismo mundo como un texto susceptible de ser leído e interpretado de diferentes maneras, y ello en una «época semántica» (pp. 34 y ss.) interesada por el significado y la interpretación de lo que existe. La arquitectónica resultante pasa por la organización de sistemas filosóficos en el marco de un sistema global de conocimiento a partir de una serie de variables (de perspectiva, realidad, método y principio) que interactúan para la constitución del significado, esto es, para lo que aquí se denomina «matriz árquica» (p. 239), una especie de modelo científico del conocimiento consciente de que su enorme potencial radica precisamente en su fragilidad e inestabilidad. A la luz de un exhaustivo conocimiento de la tradición sofística, Watson presenta su “arquitectónica” como un *work in progress*, un paradigma de análisis de la realidad dinámico, en construcción, no acabado de hacer, seguro solo de su propia inseguridad, un gesto tan necesario como infrecuente en el panorama intelectual contemporáneo.

Referencias bibliográficas

- Foster, Hal (1995): “Contra el pluralismo”, *El Paseante*, 23-25, 80-95.
- Habermas, Jürgen (1991): *El discurso filosófico de la modernidad*, trad. de M. Jiménez Redondo, Madrid, Taurus.
- Lyotard, Jean-François (1995): *La Posmodernidad (explicada a los niños)*, 5ª ed., trad. de E. Lynch, Barcelona, Gedisa.
- Touraine, Alain (1998): “¿Después del posmodernismo?... La modernidad”, en R. M.ª Rodríguez Magda y M.ª C. África Vidal, eds., *Y después del posmodernismo ¿qué?*, Barcelona, Anthropos, 15-26.

Alfredo SALDAÑA
Universidad de Zaragoza